

Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO

En este Tranco, inquietante, por decir lo menos, el maestro Bracho -tan querido por este siete veces H. consejo Editorial- nos lleva un poco de la mano hacia el mundo en el que la Mujer tiene su campo florido y en donde Ella actúa y canta y baila y dice y habla y torna y va y sube y baja por todos los vericuetos conocidos de la diosa Afrodita, y que con esa actitud de entrega y de oferta espiritual, a nosotros, los hombres taimados y escurridizos, hace, ante esa actitud florida, que nos hinquemos, que nos postremos ante ellas; y que también sabemos que desde que el mundo es mundo, el mando total del gobierno corporal lo ejercen con autoridad celestial las dichas mujeres encantadoras. Pero dejemos que don Carlos nos diga sus puntos de vista al respecto. El tema vale la pena, es el gran tema, es el tema que a todos los hombres nos atrae: La Mujer. Veamos:

Pues sí, todos los hombres, en edad casadera o no, y sanos y enteros y cachondones y risueños, sabemos, conocemos, padecemos el influjo que las mujeres ejercen sobre nuestro débil cuerpo y sobre nuestra todavía más débil alma. Sí, es cierto, mi género no podrá negar que ante una mirada pizpireta, ante un requiebro saleroso, ante una caída de ojos, ante un contoneo fatídico, ante un movimiento irregular de su cuerpo, caemos a lo profundo de sus brazos, sucumbimos

ante esas manifestaciones lúdicas y maquiavélicas. Sí, ningún hombre, en su sano juicio, podrá negar el poder que tienen sobre nosotros, nadie de los machines que sobre la tierra pululan podrá manifestar cosa contraria a lo que arriba, al desgaire y a la ligera expongo: la mujer nos domina, la mujer nos conquista, la mujer nos seduce, la mujer nos come, la mujer nos traga, la mujer nos lleva al infinito, la mujer nos transporta al infierno, la mujer nos proporciona el maná estelar, la mujer nos llena de alegría la vida, la mujer nos hace llorar noches enteras. Sí, ése es el influjo, diabólico o no, que la mujer ejerce sobre nos, los desvalidos y timoratos hombres. Bien. Establecido -someramente- lo anterior ahora quiero referirme a algunos aspectos que tratarán de explicar, aunque sea un poco, las razones de las que me valgo para aseverar lo que hasta aquí he expuesto:

Yo, humilde siervo de Ellas, siempre he creído que el amor mueve al mundo: el amor a la madre, el amor al padre, el amor a la hija, el amor a la abuela, al tío, al hermano; el amor a la patria, el amor a las cosas bellas que la vida ofrece, y así, la lista puede no tener fin. Pero es claro que yo, a quien le profeso un amor desmedido, más dedicado, mas profundo es, ni cabe duda, a la novia, a la amante, a la esposa, a la mujer -aunque ésta tenga esposo o novio o amante, pues no me fijo en pequeñeces. Sí, señoras, me declaro, de ayer, de hoy, de siempre y para siempre, súbdito plenario y sumiso de las órdenes y de los mandatos que una mujer pueda darme, y acepto todo lo que de ella emane bajo juramento de decir verdad y poniendo la mano izquierda sobre el libro del Kamasutra, de que, además de lo anteriormente expuesto, acataré y apreciaré en todo lo que vale el abrazo que se digne darme, abrazo que, según los deseos de ella, puede durar todo



Carlos Bracho

un día y toda una noche, un abracho –perdón, un abrazo– que dure de aquí al punto más lejano de sus ojos. Y si ese abrazo me lo ofrece pleno y hambriento y me lo da ciñéndome con sus brazos hasta hacerme perder la relación que existe entre pasión y fuego, lo acepto como si fuera penitencia divina, y no haré nada hasta que ella determine qué hacer en los minutos siguientes a ese ataque. Y si ese “qué hacer” es el beso, la caricia y el trotar por caminos y senderos y montes venusinos, y si ella me ordena que debo cumplir con todos los ritos ancestrales y sin ningún vestigio de prenda de vestir alguna, yo, bajo protesta de cumplir a cabalidad y teniendo como testigo de honor a mi dios Baco, digo que cumpliré sus órdenes. Y si ella pide más, yo, en total plenitud de mis derechos concupiscentes, en la plena conciencia de estar vivo y dispuesto, obedeceré a su voluntad y requerimientos amorosos, y humilde –también esto lo juro– realizaré todas las tareas que por ella me sean impuestas. Esto lo digo y lo creo y lo sostengo porque la vida celestial me ha demostrado que la mujer es la que tiene el poder de selección natural de las cosas amorosas. Ella, la mujer, cuida todo, está en todo, y aquí vale este ejemplo, vale aquí hacer esta precisión: ella cuida con esmero y dedicación a

sus hijos, cuida las cosas todas, graves, sencillas y ligeras del hogar, cuida con esmero y dedicación los dineros de la hacienda casera, ella ejerce su autoridad en los negocios de la calle y de la casa, ella planifica y le da seguimiento a los asuntos vitales e imprescindibles; en todo, en todo, ella, la mujer está presente, todo lo abarca, todo lo sabe. Ella, la mujer, regresando al hilo antes expuesto, sabe cómo amar y a quién amar, sabe de los lances infinitos del amor. Ella, la mujer, determina los plazos terrenales del noviazgo, y ella dice con precisión marciana si el hombre en cuestión es capaz y digno de ir con ella al matrimonio. En el matrimonio ella sigue conservando la batuta orquestal del amor. Ella, la mujer, conoce y sabe con holgura cuando los hombres no cumplen sus deberes lujuriosos, y en fin, ellas, las mujeres, todas, conocen nuestros puntos flacos, nuestros puntos débiles; ellas, en todos los órdenes de la vida cotidiana, establecen también las distancias a las que nosotros, los hombres ladinos, debemos de tener con ella. Me declaro, pues, como arriba expuse, seguidor fiel, siervo natural, súbdito, esclavo y perenne servidor de la Mujer. Vale. Abur. 🐻